



CASSANDRO: MI PRIMERA DROGA
FUE EL SEXO



Juan Carlos Reyna

Fotografías: Annick Donkers

Cassandro está postrado en medio del pancraccio. *Ángel de Oro* se le trenza aplicando la de a caballo, tomándolo por el cuello haciendo de la llave una máquina maestra de carne, sudor y brillantina. *Cassandro* estira los brazos tirando mientras su rival lo castiga jalándolo hacia atrás. Aprieta los ojos, el rimel se le corre mientras se desmorronea su peinado de salón. *Cassandro* grita. *Ángel de Oro* deshace el nudo y, de espaldas a su rival, arquea sus enormes y abultados brazos hacia el centro pélvico; quiere lucirse ante el honorabile, pero el público rechifla. Va la tercera caída y quienes abarrotamos la Arena Coliseo de Mexicali alternamos el Jesús en la boca con tragos largos y tibios de cerveza. *Ángel de Oro* contraataca con un tope de cabeza, toma a *Cassandro* del brazo y lo arroja hacia las cuerdas; amenaza con aplicar la Guillotina, pero aquel resiste topándose de pecho. Se dan de manotazos. *Cassandro* inmoviliza los brazos de *Ángel de Oro* abrazándolo: una vez que están los cuerpos pegados, *Cassandro*, con la mirada fija en la abertura de la máscara en la boca, lo besa. Entonces la mole enmascarada se convulsiona y la gente ríe, aplaude eufórica. Ahora es el *exótico* quien se vuelve al honorabile todo sonrisas, todo movimiento de caderas, todo vivaracho meneándose hasta el esquinado. Se monta al poste y en cada cuerda lanza besos a la afición (*Ca-san-dro*, *Ca-san-dro*). *Ángel de Oro* corre al otro

extremo del cuadrilátero; aún atarantado, se arroja veloz hacia su rival; a la mitad del cuadrilátero brinca, acelera y vuela. En el aire, intenta aplicar una Tijera, pero las piernas no le alcanzan: en lugar de engancharse al tórax, se impacta en las nalgas del *exótico*. *Cassandro* cae afuera del pancraccio; se estrella la rodilla al ras del suelo y un calambre relampaguea de su talón a la pantorrilla. El filamento agudo de calor aún no duele, pero paraliza y cimbra al piso.

Hasta entonces el *réferi* ordena que toquen la campana.



El viernes 24 de junio del 2011, poco antes de la medianoche, conocí a Saúl Armendáriz, entonces de 41 años, en los camerinos del Roundhouse, en Londres. Vestía un traje de lentejuelas rasgado, sudaba y sangraba de una herida sobre el ojo izquierdo, pero hacía una mueca parecida a una sonrisa mientras apretaba al estómago el cinturón dorado que minutos antes le había arrebatado a *Doctor Cerebro*. A pesar de que la función ya había terminado, la gente coreaba su nombre. Era el primer campeonato que obtenía desde el verano de 1992, cuando en el climax de su carrera ganó el Título Mundial de Peso Ligerito de la desaparecida Asociación Universal de Lucha Libre mexicana. Armendáriz es el luchador más reputado entre los *exóticos*, que es como le ha nombrado a los luchadores que personifican estereotipos homosexuales.

Debutó en 1988 en Ciudad Juárez y en 1992 se coronó Campeón Mundial de Peso Ligerito de la Asociación Universal de Lucha Libre (UWA, por sus siglas en inglés). Empezó a trabajar con las dos compañías más grandes en el medio: el Consejo Mundial de la Lucha Libre (CMLL) y Asistencia, Asesoría y Administración (AAA). Mantuvo el título hasta 1994, cuando su consumo de alcohol y cocaína base se intensificó al grado de hacerlo, según sus palabras, "cometer pendejadas" que, a su vez, lo llevaron cuatro veces a la cárcel. La muerte de su madre, la homofobia de los directivos de la lucha libre mexicana y la imposibilidad de superar una niñez colmada de abusos sexuales en su ciudad natal, precipitaron su retiro forzado de la lucha libre. ¿Qué hacía entonces en Londres? Resurgir de sus propias cenizas, ese polvo que por fortuna aún no había terminado de esnifar.

Armendáriz me saludó, como al resto de quienes estábamos entre bastidores, chocando palmas tan fuerte como si aún cacheteara a su contrincante. La victoria que había estelarizado sobre el cuadrilátero montado en la legendaria sala de conciertos del barrio de Camden lo convertía en Campeón Mundial de Peso Welter de la NWA (la norteamericana Alianza Nacional de la Lucha Libre). La función era parte de Lucha Future, un espectáculo llevado desde Estados Unidos a Inglaterra, en el que se alternaba música electro-nortea en vivo con peleas de lucha libre mexicana. Quince

gladiadores, entre los que también estaba *Blue Demon Jr.* y *Magno*, se batían mientras el grupo en el que yo tocaba musicalizaba los intermedios.

Armendáriz contó un par de chistes subidos de tono en el autobús que nos condujo a todos al hotel. Fue el único que no se quedó a beber en el lobby, a diferencia de quienes nos quedamos a celebrar el triunfal regreso del exótico a los encordados.



Armendáriz nació en la ciudad fronteriza de El Paso en 1970 y le tomó amor a la lucha viendo en la tele las películas de *El Santo*. Como todo aficionado de hueso colorado, como decimos en el norte de México, hizo amistades con varios de sus ídolos durante las funciones semanales del lado mexicano de la frontera. Apenas cumplió la mayoría de edad se decidió a seguir los pasos de sus ídolos y se metió a entrenar al gimnasio municipal de Juárez, Chihuahua. "Luchaba como machito", reconoce, "aunque todos ya sabían que era gay". Miguel López, mejor conocido como *Rey Misterio*, lo bautizó como *Mister Romano*. En las fotos de cuando pelea por primera vez sale con bigote y la ceja pegada, "según yo bien varonil", asegura, "aunque la verdad es que me miraba rete pato".

El 15 de octubre de 1989 debutó como exótico: Armendáriz aprovechó para salir del clóset en el mundo de la lucha, luego de que promotores de Juárez lo convencieron de personificarse como luchador gay y así darle color al cartel regional de luchadores. *Rey Misterio* se ocupó de buscarle otro nombre más acorde a su giro de carrera. Exóticos es el término con el que la prensa deportiva comenzó a etiquetar

a *Sergio el Hermoso*, *Bello Greco* y otros luchadores que en la década de los sesenta imitaron la teatralidad amenerada de *Dizzy Davies*. un luchador tejano de la década de los cuarenta que ganó fama por su afeminamiento.

"Yo luchaba como hombrecito y la chingada", recalca Armendáriz, "pero la gente me gritaba 'ese güey es puto', 'ese güey se la come'. Ya ves que la gente es bien cabrona". Armendáriz tomó el vestido de quinceañera de su hermana y le robó una blusa a su mamá. Las dos lo torcieron rasurándose las piernas y los brazos en el baño. "¿Pues a dónde vas?", le preguntaron. "A luchar", contestó. Se enteraron de que ya no personificaba a *Mister Romano* después de que lo vieron por la tele subir al cuadrilátero maquillado como vedette.



Existió una prostituta llamada *Cassandra*. Durante la década de los sesenta fue harto conocida en los bares de la zona norte de Tijuana. Para cuando me salió bigote y pude entrar a las cantinas de la ciudad —a mediados de los noventa—, la mujer ya era anciana y estaba recluida en un cuartucho en el callejón Coahuila. La llegué a ver de lejos, en una de esas noches vertiginosas y sin fondo que le han dado fama de leyenda negra a la frontera. Me enteré por los parroquianos más viejos del Bar Nelson, en la esquina de Revolución y calle Primera, que *Cassandra* se prostituía sólo con altos funcionarios de gobierno. Eso le permitió amasar una pequeña fortuna que invirtió en la construcción de albergues para madres solteras sin hogar y niños de la calle.

Durante la escritura de esta crónica me enteré que *Rey Misterio* también la conoció: fue su cliente en algún oscuro

y extraviado recuerdo de la década de los setenta. El legendario multicaampeón tijuanaense quedó tan impresionado por su labor altruista que le sugirió a *Mister Romano* que se apropiara de su nombre.



Cassandro es el cuarto hijo de entre seis hermanos. Tres de ellos homosexuales. Sus padres se divorciaron cuando él tenía 13 años, época en que empezó a beber y fumar marihuana. Cuando niño, *Cassandro* fue testigo de las golpizas que su padre propinó a su madre a diario hasta el día de su divorcio. Para no presenciar estas escenas, *Cassandro* se la vivía con sus primos: juntos iban a la alberca, juntos hasta se bañaban. A los siete años se metió con uno de sus primos mayores a la tina de baño, en casa de sus tíos. Entre juego y juego el primo lo volteó y penetró. Bajo amenazas, *Cassandro* aceptó seguir teniendo relaciones con él hasta el divorcio de sus padres.

Cassandro se mudó con su mamá y una de sus hermanas a Socorro, Texas. Un día, al salir de la escuela, fueron a un Seven Eleven y robaron dos botellas de MD 20/20 (apodado "Bum wine" o "vino de pordiosero" en español, popular entre las clases más jodidas de los Estados Unidos). Ambos se bebieron una botella completa. Desde entonces *Cassandro* acostumbra a tomar con frecuencia de una o dos veces por semana, "dependiendo del estrés causado por la discriminación o el rechazo de la semana". Entre 1984 y 1985 *Cassandro* volvió a Juárez junto a su hermana y su madre, quien rentaba dos cuartos pequeñísimos en la colonia 16 de septiembre.

El baño estaba afuera de los cuartos, a la intemperie. El agua caliente era un

lujo inalcanzable. *Cassandro* consiguió un trabajo haciendo donas al otro lado de la frontera, en Dunkin' Donuts, de 10 de la noche a 7 de la mañana. Puesto que en la noche ya no había autobús, se decidió a pedir aventones a cambio de "chupar vergas y dejarme penetrar".

"Mi primera droga fue el sexo", reconoce. "A los 14 años ya me paraba en las esquinas de Juárez, afuera de los antros gay en la colonia Mariscal. Hasta pendejo era", concluye, "subía con güeyes con los que disfrutaba diez o quince minutos y ni les cobraba". No pensó en el dinero: "lo que yo pensaba era que en esos minutos se me iba a olvidar todo el desmadre que había pasado en la semana".

En 1997, en la cima de su carrera, murió su madre y su consumo de crack se disparó. Dejó de ir a las funciones a las que se comprometía y perdió contratos millonarios. Desde el 94, cuando ganó el campeonato mundial, hizo

unas diez defensas y dejó colgadas otras catorce. Por entonces regresó a Juárez nomás a andar "de loco".

Despilfarró todo su dinero hasta perder cada una de sus propiedades. Acabó durmiendo en el piso de las oficinas del Sindicato Nacional de Luchadores, consumiendo "piedra" a todas horas.

Dormía en los vestidores de la Arena Chavena y estuvo varias veces en la prisión; tres veces por posesión de droga.

En el 2003 *Cassandro* tocó fondo. Lo metieron a la cárcel de nuevo por posesión de droga y, a pesar de que fue liberado a los tres días, tuvo una sobredosis. "Mi familia no quería saber nada de mí", cuenta, "hablé con una de mis cuñadas —la que más gorda me caía—, ¿Me haces un paro?, le dije, ando muy mal y necesito un aventón a un centro de desintoxicación. En chinga vino por mí la cabrona.

Fui a Walt Mart a comprar pijamas, calcetines y calzones. Mi cuñada me dejó en la puerta del Centro de

Rehabilitación Southwestern de El Paso el 4 de junio de ese año".

En marzo del 2012, por primera vez en la historia, se realizó una función completamente gay, estelarizada por 35 luchadores. En la primera pelea del espectáculo presentado en la Arena Azteca Budokán, de Ciudad Nezahualcóyotl, se enfrentaron *Coco Rosa* y *Miss Gaviota* contra *Bugambilia* y *Sexy Alondra*. La pelea fue titulada "Exóticos en contra de la homofobia". El evento fue grabado por el antropólogo Michael Ramos-Arízaga, quien produjo un cortometraje muy reducido de la carrera de *Cassandro* en el 2010. Al término de la función, *Cassandro* dedicó la función a los exóticos que han fallecido. ■

Juan Carlos Reyna (Tijuana, 1980) es músico y periodista. En 2012 publicó *Confesiones de un rickshaw*, bajo el sello Grijalbo.

Silencioso atardecer en Mountain View, Texas, muy cerca de su hogar.

